

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Fonollar, 24 y 26

Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Madrid: Almagro, 8 entr. derecha
-Alicante: S. Francisco, 28, duq.º

SUMARIO.

La carcajada —Los sueños de Angel. I.—¡Bendita sea la salud!—Pensamientos.

LA CARCAJADA.

El Padre German

Consecuentes en nuestro propósito, seguimos extractando algunos fragmentos de las memorias del Padre German, y aunque en honor de la verdad debíamos publicarlás íntegras, cosa que tal vez haremos mas adelante; hoy nos contentaremos copiando uno de los tristes episodios que refiere el digno sacerdote, que vivió dominado por dos grandes sentimientos: el dolor y el amor. Escuchémosle.

«¡Cuánto tiempo le he esperado Señor!.... Al fin ha vuelto..... ¿Y para qué ha venido? para dejar clavada una nueva flecha en mi corazon. ¡Pobre Rodolfo! ¡cuánto me asusta su porvenir!

»Tengo el íntimo convencimiento que el hombre vive siempre. Hay momentos que sin podérmelo explicar parece que me trasporto á otra época, y me veo jóven lleno de lozanía y de vigor: una mujer y un niño me siguen como si fueran cosa mia; al niño nunca le puedo ver la cara, pero alguien me dice: Ese es Rodolfo, y corro tras él para estrecharle en mis brazos, y el niño huye burlando mi amoroso deseo; vuelvo en mí, y me pregunto: ¿Por qué quiero tanto á Rodolfo si en él no he conocido mas que crímenes? ¿Por qué siempre sigo anhelante las huellas de su vida cuando sé positivamente que mi muerte seria quizá el único placer que él pudiera sentir en la tierra? Y apesar de esto, le quiero, y daría por el rápido progreso de ese espíritu ¡cien siglos de amor! ¡cien siglos de felicidad unido á la niña de los rizos negros!

»Esto debe tener una causa; ayer sin duda debimos vivir, y viviendo tendremos que vivir mañana; y mañana Rodolfo será muy desgraciado.

»¡Inspírame Señor! dale entonacion profética á mis palabras! imprime en mis ojos una atraccion tan poderosa como mi voluntad. Yo quiero que Rodolfo venga á vivir cerca de mí; yo quiero que sea bueno, porque le amo con toda mi alma.

»Diez meses han pasado..... todas las noches le esperaba rogando á Dios que tuviera misericordia de él, y de mí. Ayer vino,ayer sentí los pasos de su caballo desde muy lejos y corrí con la ligereza de un niño para salir á su encuentro, y al verle todo mi sér se estremeció. Saltó él de su alazan y me dijo:

»—Padre, habeis hecho bien en salir de vuestro cuarto, dentro de las casas me ahogo y necesito mucho aire para respirar.

»—¿Dónde quieres ir?

»—Dónde nadie nos oiga porque tenemos que hablar.

»—¿Qué haremos del caballo?

»—Está bien enseñado y aquí me esperará.

»—Entonces nos iremos detrás del cementerio.

»—No, no, no quiero nada con los muertos.

»—Pues vamos á la fuente de la salud.

»—Vamos, replicó Rodolfo, y emprendimos nuestro camino.

»Todo estaba en calma: los habitantes de la aldea dormían tranquilamente, la luna velaba su sueño, la brisa enmudecía, nada interrumpía el profundo silencio de la noche, la naturaleza estaba preparada para escuchar la confesión de un hombre. Llegamos á la fuente y nos sentamos sobre las peñas. Miré á Rodolfo y me horrorizó su mirada, se conocía que miraba sin ver, su boca estaba contraída por una amarga sonrisa, su frente plegada por hondas arrugas, su respiración era fatigosa aun cuando habíamos andado pausadamente.

»—¿Qué tienes? le pregunté.

»—¿Qué tengo? el infierno dentro de mi mismo.

»—¿Cómo has tardado tanto en venir?

»—Porque he luchado. Cuando llegué á la Corte estaba decidido á acabar con vos: fuí á palacio y al estar delante del Rey no sé que sentí, no lo puedo explicar, pero al preguntarme aquel,—¿Qué sabes de la historia de Hus? le contesté: Todo es mentira señor, la tumba del duque no existe, su cadáver no se sabe donde está; y al decir esto parecía que con hierros candentes cauterizaban mi garganta; pero..... lo dije y por esta vez estais salvado.

»—No esperaba menos de tí.

»—¡Ah! no creais que lo he hecho por cariño, ni por temor de cometer un nuevo crimen; sino que noto un cambio extraño en mí. Toda mi vida he deseado vuestra muerte, y ahora, me horroriza la idea que podais morir. Creo que al faltar vos del mundo me va á faltar todo para vivir. No os quiero, no, pero os necesito.

»Al oír estas palabras creo que el cielo se abrió para mí, porque veía que aquel alma rebelde necesitaba y quería mi consejo, y esto ya es algo; ya es dar un paso en el camino del progreso.

»—¿Y qué piensas hacer? le pregunté con afán, ¿estás decidido á venir á vivir á tu castillo?

»—Aun no; tengo sed de vida, sed de mando, sed de gloria.....; pero..... desde que subí á la montaña no sé que demonios pasa por mí, que la yerba seca la veo por todas partes, en todos los parages siempre la misma visión y á Berta le sucede lo mismo. y se pasa el día en la capilla rezando, y cuando nos vemos me dice con espanto:—Aquel hombre es un brujo, y se le debe matar porque nos ha hechizado.—Tienes razón le digo yo: pero al momento retrocedo horrorizado, la cojo de un brazo y la digo con voz amenazadora: ¡Ay! de tí, si aquel hombre desaparece de la tierra! ¡Ay! de tí, si á alguien arranca uno solo de sus cabellos; y pienso en vos de una manera que no he pensado nunca, y cuando recibo nuevos desengaños en seguida digo: Irás á contarle lo que me pasa, y no vengo amenudo porque múltiples atenciones ocupan mi vida. Hoy he venido dejándolo todo, á ver si á vuestro lado deja de resonar en mis oídos una maldita carcajada que hace un mes que la escucho y no me deja vivir. Despachando con el rey, en los momentos que estoy solo en mi cámara, en medio del festin, en todos los lugares donde me encuentro oigo la carcajada de la pobre loca.

»—¿De la pobre loca? ¿quién es esa mujer? quién es esa desventurada que por tí sin duda perdió la razón?

»—¿Quién es? una mujer muy bella, Padre; una mujer que la he amado, que la he deseado, que he soñado mucho tiempo con ella, y que al fin la he odiado con todo mi corazón.

»Y Rodolfo se quedó pensativo diciendo al fin: Hasta aquí me persigue su risa, ¡risa horrible! y gracias que ahora la escucho mas lejana, apenas se oye. ¿Oís Padre?

»—No; yo no oigo nada, pero habla, cuéntame esa nueva historia, por mas que al escucharla llora mi corazón.

»—En pocas palabras está dicho todo. Mi montero mayor tenía una hija que ahora tendría veinte años; de pequeña cuando me veía huía espantada llorando

desafortadamente. Era muy bonita. El día que cumplió quince años la encontré por la tarde en mis jardines, y observé que al verme trató de alejarse, entonces la dí orden que se detuviera y la dije:—¿Porque buyes? y ella contestó temblando:—Porque me dais miedo. No supe que decirle, y Elisea aprovechando mi silencio se fué. Un año despues su padre me pidió permiso para casar á su hija, se lo concedi, y quise honrar su boda con mi presencia. Aquel día á Elisea no la inspiré miedo porque solo miraba á su jóven esposo.

»Desde aquel día la quise, y deseé que me quisiera ella, pero cuantos esfuerzos hice todos fueron vanos. Siempre que le hablaba me decia:—Ayer me inspirabais miedo, y hoy me causais horror, pero un horror invencible; y me miraba de un modo que me dejaba helado.

»Así hemos seguido hasta que mi amor se trocó en ódio, en ódio feroz, y le dije: He esperado mucho tiempo pero yo te devolveré día por día las humillaciones que me has hecho sufrir; y mandé á su marido á llevar unos pliegos de interés y en el camino..... se cayó del caballo. ... para no levantarse mas: acudí al lugar de la ocurrencia y la hice conducir á ella al mismo sitio, salí á su encuentro y la dije:—Ven á ver tu obra. Tu me has despreciado durante cinco años, y ha estado en mi derecho vengándome de tus desvios. Ves á encontrar á tu marido. Ella corrió anhelante y al ver el cadáver de su compañero se abrazó á él y me miró lanzando una horrible carcajada; y con una fuerza incomprendible para mí, cojió el cadáver por la cabeza y con la rapidez del rayo lo arrastró hasta un despeñadero cercano y se lanzó al abismo sin dejar de reirse con aquella risa que hacia estremecer las montañas; y los dos cuerpos fueron rodando hasta perderse en el fondo sin que Elisea acabase de morir, porque no cesaba de reirse con aquella risa desgarradora que es necesario oirla para comprender todo el horror que encierra. Y desde entonces aquella risa maldita resuena en mis oídos; y no puedo vivir; y de noche veo la senda de la montaña con la yerba seca; y rodando por ella contemplo los cadáveres de Elisea y su marido, y ella parece que no se á muerto porque de vez en cuando se detiene para lanzar su horrible carcajada. Y yo no puedo vivir así, no puedo, porque me parece que yo tambien me voy á volver loco. Decidme, Padre, ¿qué haré? y Rodolfo se quedó sumido en profunda meditacion.

»Yo tambien me quedé mirando al cielo porque me horrorizaba mirar á la tierra, y durante un largo rato permanecimos en silencio. Al fin me levanté, él permaneció sentado, y yo apoyé mi diestra en su hombro y le dije con voz solemne:

»—¡Rodolfo! ¡hijo mio! ha llegado el momento decisivo, es necesario que te decidas á venir junto á mi, es preciso que escuches mi acento de día y de noche, porque si ahora no lo haces, yo no se lo que será de ti. ¡Eres un mónstruo de iniquidad! has hecho derramar rios de lágrimas, y esas lágrimas son el agua que tu beberás mañana en la amarga copa del dolor.

»¡Tú porvenir es horrible! tu espacion parece que no tendrá término, pero principio quieren las cosas. Basta ya de crímenes. ¡Vuelve en tí Rodolfo! vuelve en tí! Prepárate para tu eterno viaje; ven á mi lado, y aquí dejará de resonar en tu oído la carcajada de la pobre loca.

»—Teneis razón; aquí no la oigo tan cercana, dijo Rodolfo con acento apagado; á vuestro lado late mi corazón con menos violencia. ¡Misterio extraño! Yo que os he odiado toda mi vida, he de venir á morir junto á vos.

»—No; yo seré el que moriré junto á tí.

»—¿Qué decís Padre? ¿qué decís? Yo no me quiero quedar en el mundo sin vos; si posible fuera que matando á toda la humanidad vos pudiérais vivir, creo que tendria fuerza bastante para destruir todo lo existente, si con ello conservaba vuestra existencia.

»No quiero quedarme solo, no quiero.

»—No temas Rodolfo, no temas. Yo velaré eternamente por tí.

»—Despues de muerto, ¿qué podreis hacer?

»—Quizá mucho mas que ahora, porque mi espíritu tendrá mas lucidez en el es*

pacio que tiene en la tierra, leeré mejor en el fondo de tu alma, me pondré en relación mas directa con el ángel de tu guarda. Yo sé en fin que he de vivir, y viviendo todos mis afanes serán para tí. Pero ahora ven pronto, te lo repito, no nos queda tiempo que perder. Has de venir pronto, muy pronto, mi vida terrena se acaba y necesito aprovechar mis últimos días para tí. A muchos criminales he conducido á buen camino, y Dios me hará la gracia que tambien pueda conducirte á tí.

»Rodolfo se levantó y me dijo:—Os juro que dentro de quince días me tendreis aquí, y aun cuando me ofrecieran un trono no me separaré de vos.

»—Así sea; y pausadamente regresamos á la aldea. El fiel caballo esperaba en el mismo sitio que le dejamos. Rodolfo saltó sobre él, y me dijo con voz grave: Lo dicho, dicho está, dentro de quince días volveré aquí; y ahora que voy á dejaros me parece que resuena mucho más cerca aquella maldita carcajada, y espoleando al caballo este se lanzó al galope y huyó como fantástica vision. Nada quedó de él, mas que un nuevo recuerdo en mi mente y la pálida sombra de Elisea que parecia vagar en torno mio. Subí á mi oratorio y me entregué á pensar en aquel desventurado.

«¡Qué espíritu Señor! ¡qué espíritu! ¡Cuántos siglos tendrá que sufrir! ¡Cuántas existencias penosas le harán padecer indecibles tormentos! No puede ser de otra manera.

»Yo podré inclinar su alma á la piedad.

»Yo podré dulcificar su sentimiento.

»Yo podré hacerle llorar con lágrimas del corazón.

»Yo le haré rezar con esa oración ardiente que resuena de mundo en mundo, y que repiten alborozados los espíritus de la luz; pero eso no es bantante, es necesario saldar las cuentas, es indispensables pagar las deudas.

»El arrepentimiento predispone al espíritu para pedir fuerzas en las rudas pruebas de la vida, preparan el ánimo para sufrir resignado todos los dolores, humilla nuestro orgullo y nos reconocemos culpables y pedimos á Dios misericordia. Todo esto hace el arrepentimiento; pero no basta para conseguir la rehabilitación de nuestra alma que sintamos un momento de dolor indescriptible; que no tiene igual peso en la balanza divina una vida de crímenes, y una hora de verdadera contrición: seria muy cómodo pecar entonces; y Dios debe ser mas justo que todo eso. El culpable no puede sonreír hasta que ha sufrido uno por uno todos los tormentos que ha hecho padecer. El criminal no tiene derecho á ser feliz; y como en la creación todo es lógico, por eso me asusta el porvenir de los verdaderos criminales.

»Hay muchos desgraciados que castiga la justicia humana que son en el fondo mas ignorantes que culpables, y estos ante Dios no son tan responsables; porque el pecado principal consiste en conocer el mal que se hace; y Rodolfo desgraciadamente lo conoce, sabe muy bien que abusa de su poder, y ¡ay! de los abusadores! ¡Señor! ten misericordia de él y de mí! Yo comprendo que el sol de mi vida llega á su ocaso. Yo conozco que mis fuerzas físicas se acaban. Yo siento que mis ideas se turban; y cuando estoy entre los muertos me cuesta trabajo salir del cementerio; la tierra ya reclama mi abatido cuerpo. Mi cabeza se inclina, mis pasos vacilantes atestiguan que llego al fin de mi penosa jornada; y no quisiera morir sin haberme asegurado que Rodolfo llorará sus crímenes, y consagrará el resto de sus días á practicar obras de misericordia. Yo sé que es muy culpable, Señor, pero para tí nunca se acude tarde. Yo te imploro por él, por ese hijo de mi alma, pues una voz secreta me asegura que alguna vez ha llevado mi nombre ese desheredado de la tierra.

»Dame inspiración Señor! ¡ilumíname en mis días postreros con la elocuencia de los profetas! con la abnegación de los mártires! con la fé suprema de los Redentores! que todos los dones del cielo me hacen falta para salvar á un alma del abismo!

»Esto te pido, Señor, este es mi único deseo: que Rodolfo venga á mi lado; que escuche en lontananza la carcajada de la pobre loca, para que se horrorice, para que comience á sentir, para que aprenda á llorar. Quiero ganar horas, momentos, segundos; quiero darle la luz, porque está ciego!

»En tí confío Señor; comencé á vivir amándote, y quiero morir practicando el bien

en tu nombre. No me abandones Señor! déjame terminar mi existencia cumpliendo el deber que me impuse al consagrarme á tí.

¡Qué espíritu tan bueno fué el Padre German! ¡Alma generosa! solo vivistes para ejercer la verdadera caridad!

¡Cuánto nos atraes! ¡cuánto aprendemos estudiando en tus Memorias! nuestro único deseo es parecernos á tí!

Tú comprendistes que el amor universal era lo único que podria regenerar á la humanidad, y amastes sin distincion de clases ni colores, y te convertistes en médico de las almas enfermas conociendo que los criminales son los que necesitan los divinos auxilios del amor.

¡Cuán inmensa era tu fé!

¡Cuán inagotable tu esperanza!

¡Cuán ilimitada tu paciencia!

¡Tú amabas verdaderamente á Dios! por esto siempre esperabas en él!

¡Inspiranos, Padre German! Nunca nos cansaremos de pedirte que nos ilumines en nuestras horas de amargura.

Queremos amar como tu amaste.

Queremos creer como tu creiste.

Queremos esperar como tu esperaste.

Queremos progresar como tu progresaste, para tener el placer de verte algun dia en las regiones luminosas que en premio á tus virtudes debes habitar.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LOS SUEÑOS DE ANGEL.

I.

En una de esas hermosas noches de verano que tanto convidan á la meditacion, una íntima amiga nos contó el siguiente hecho, tan verídico como instructivo:

«—Paseando una tarde por el muelle de la bahía de Cádiz, me llamó poderosamente la atencion un niño ciego y dos niñas de corta edad, que imploraban la caridad pública: acerquéme al pequeño grupo para depositar una limosna, y, sin poderlo remediar, me quedé contemplando aquellos tres seres, tanto por lo simpáticos cuanto por la compasion que me inspiraban. El ciego despues de darme las gracias con espresivo acento, se enjugó dos lágrimas con el dorso de la mano y besó á las niñas.

»—¿Por qué lloras? le pregunté.

»—¡Ay señora! lloro de gratitud, porque yo no se demostrar mi agradecimiento sino con el llanto que asoma á mis ojos; y yo os estoy reconocido por vuestra limosna, porque con ella compraré pan para mis hermanitas; que, aquí donde V. las vé tan pequeñas, me acompañan á todas partes y me colman de caricias, siempre que me alijo por no haber recogido lo bastante para alimentarnos; y crea V. que, cuando esto sucede, mas lo siento por ellas que por mí; porque al fin, yo soy mayor y puedo resistir mas que estas inocentes.

»—¿Con qué estas niñas tan cariñosas, son tus hermanas?

»— Si señora.

»—¿Y tus padres, donde están?

»—Hace tiempo que murieron, quedando mis hermanas y yo en el mayor abandono.

»—¿Y tu ceguedad, es de nacimiento ó de alguna enfermedad?

»—Soy ciego desde que nací; y no veo el Sol ni las estrellas sino cuando duermo.

»—¡Si!....

»—¡Oh sí! y veo tantas cosas en mis sueños, que, si V. quiere, se las contaré.

»—Hoy no, porque ya es tarde, pero mañana, si que quiero que me cuentes todo eso que dices que ves.

»—Pues entonces, cuando V. quiera, aquí me encontrará todos los dias.

»—Dime, ¿donde te recoges por la noche?

»—No tengo punto fijo: cuando tengo cuatro cuartos, dormimos en el pajar de cualquier posada; y cuando no, en el primer portal que encuentro.

»—¿Cómo te llamas?

»—Angel, para servir á V.

»—Pues mira Angel: en el zaguan de mi casa, hay un cuartito que me pertenece, y el cual, si tu quieres aceptar, yo te ofrezco de buena voluntad para que tú y tus hermanitas podais recogeros de noche: si fuese rica, te auxiliaria de otro modo, pero soy pobre, y por ahora no puedo hacer más.

»—¡Oh! si señora; vaya si acepto, y Dios se lo pagará con creces.

»—Pues entonces, mañana por la noche, yo misma vendré por tí y te acompañaré á tu nueva habitacion.

»El pobre niño se quedó tan conmovido, que no pudo articular frase alguna: solo el bendito llanto de la gratitud bañaba aquel rostro juvenil: yo besé á las niñas y me alejé de ellos con direccion á mi casa.

»Aquella noche, dormí muy poco: el ciego y las niñas no se apartaban de mi imaginacion. Es verdad, pensaba yo, que les doy habitacion, pero he sido una loca porque yo no tengo cama para ellos, y dormir en el suelo, es muy triste y yo no puedo consentirlo.

»En estas reflexiones, llegó el dia y, como no podia conciliar el sueño, me levanté mas temprano de lo que acostumbraba: limpié el cuarto muy bien, puse un pedazo de estera algo usada, saqué el jergon de mi cama, que era bastante grande, y lo puse encima de la estera: no hay remedio, exclamé, tendrán que dormir así hasta que Dios quiera. Por la tarde me dirigí á casa de unos conocidos y, con mil trabajos, me reunieron algunas prendas de vestir, un ligerísimo abrigo de cama, junto con una muy pequeña cantidad de dinero; pero mas valia algo que nada: luego, esperé á que anocheciera, y, llena de esperanza, corrí en busca de los huérfanos: una vez allí, les dije que me siguieran á corta distancia para no llamar la atencion de los transeuntes, hasta llegar á mi casa: cuando los tuve en mi habitacion, reemplacé algunas de las prendas que llevaban, por las que yo habia adquirido de mis amigos; y la corta cantidad que estos me habian dado, la invertí en darles de cenar aquella noche, y el desayuno del dia siguiente.

»Yo me creia feliz en aquellos momentos y me complacia en verlos comer: ¡nada tan hermoso como aquellas dos niñas que, en tan tierna edad, cumplian una mision tan bella guiando á su hermano por todas partes y dándole de comer, enfriando antes el alimento para que no se quemara!

»Cuando ví esta penosa tarea en aquellas dos criaturitas que, segun me habia dicho Angel, solo tenian siete años, pues eran gemelas, quise relevarlas de su trabajo; pero todo fué inútil, pues se opusieron tenazmente diciéndome las siguientes frases:

»—Cuando madre vivia, ella daba de comer á nuestro Angel; pero un dia, nos dijo que se iba al cielo: que mientras estuviera por allá, nosotras teniamos que darle de comer, y que ya veria si la obedecíamos ó nó.

»Al ver el profundo respeto que aquellos seres guardaban á la última voluntad de su madre, nada objeté y solo imprimí un beso en sus frentes, puras como las auras de Mayo, vírgenes como el amor que las envolvía.

»Cuando el ciego dijo que no queria comer más, sus hermanas le instaron á que continuara, en atencion á que habia mucha cena; pero Angel las manifestó que ya no tenia gana, y, entonces ellas acabaron con el resto. Al terminar, Angel estaba tan conmovido de gratitud, que no sabia como darme las gracias: las niñas me abrazaban y me decian:

»—Tú eres muy buena, y ya se lo diremos á madre cuando venga, para que te quiera como nosotros.

»Pasados algunos momentos, el ciego y yo entablamos el siguiente diálogo:

»—Mira Angel: como te dije ayer, yo no tengo bienes de fortuna: soy viuda con un hijo: este está en América en una casa de comercio, y me tiene asignada una corta pension mensual, con la cual vivo: por ahora solo puedo proporcionarte habitacion y una cama muy pobre; además, el dia que no recojas suficiente limosna para alimentarnos, ese dia, partiré mi comida con vosotros; pero si mas adelante mi hijo tiene suerte, y mejoro de posicion, yo haré cuanto pueda por tus hermanitas y por tí.

»—¡Oh señora! vos sois nuestra Providencia, y Dios os pagará con creces cuanto hagais por nosotros; sí, sí; el eco me lo dice y cuando él me habla, siempre me dice verdad.

»—¿Y quién es el eco?

»—Una voz que oigo muy lejana, y á la que yo doy el nombre de eco.

»—¿Y que te dice el eco?

»—Me advierte los peligros, me anuncia las alegrías y me consuela cuando estoy triste.

»—¿No será esto una alucinacion tuya?.....

»—No señora, no. Yo pongo mucha atencion cuando me habla, y aunque léjos, yo percibo el eco de esa voz que no se de donde parte ni de quien es; pero siempre me da buenos consejos y yo los sigo.

»—Bien, bien le contesté sin acabar de comprender cuanto me decia, dejemos eso y cuéntame lo que ves en tus sueños.

»—¡Oh! si señora, con mucho gusto. «Como soy ciego de nacimiento y me hallo privado de ver el Sol, las aves y las flores, no puede V. imaginarse los deseos que tengo de poder admirar todo eso; así es, que, mas de una vez me he puesto á pensar en lo desgracia de ser ciego, y me he dicho á mi mismo: «¡Ay Angel, que vida pasas y que inútil eres para todo: vas á cumplir diez y seis años, y solo has sido una pesada carga para tus padres!» Y en estas tristes reflexiones, lloraba y me desesperaba de mi inutilidad, cuando una noche antes de conciliar el sueño, supliqué á Dios de todo corazon obrara en mi un milagro concediéndome la vista, y me dormí con esta idea.

»Sin saber como, me hallé frente á una mujer hermosísima que me cogió de la mano y, con una rapidez inencebible, me llevó á un sitio encantador en donde irradiaba un Sol esplendoroso que daba vida á multitud de frondosas plantas y delicadas flores, y donde un sin número de avejillas despedian de sus gargantas mil notas purísimas, que yo escuchaba arrobado de placer.—Este es el dia—murmuraron á mi oido. Acto continuo y con la misma ligereza que antes, fui trasportado á otro lugar en donde, á mis piés, habia un lago inmenso cuya estension se perdia de vista; sobre mi cabeza, brillaban estrellas de gran magnitud cuyo fulgor se eclipsaba á medida que la Luna estendia sus rayos de plata, formando un conjunto bellissimo; y otra vez me dijeron:—Esta es la noche; y ese lago, es el mar. Ya has visto lo más poético del planeta en que habitas, que, solo es un pequeño infusorio y microscópica maravilla de cuanto grande y sublime existe en la Creacion.»

»—¿Con qué todavía hay cosas mas hermosas de las que he visto? pregunté admirado.

»—¡Pobre espíritu! me contestaron. ¿Crees tu que la obra del Eterno quede reducida al pequenísimó límite de la tierra? No, Angel; no. Muchos son los que como tú creen esto, y están completamente equivocados. Dios, sabiduría y bondad infinitas, ha creado millares de millares de millones de mundos, en cada uno de los cuales, se vive de distinto modo y á las que el hombre, por medio de su trabajo, va llegando paulatinamente hasta su total perfeccion. Nadie, absolutamente nadie, está excluido de recorrer esos puntos luminosos del espacio; lo único que sucede es, que el espíritu, ya sea por su indolencia, ya por su ofuscacion, retarda muchas veces el término de su viaje; pero llegar á tccar esa felicidad que se oculta á la vista de los humanos, no lo dudas todos llegareis más pronto ó mas tarde. Hoy eres ciego, porque pagas una deuda de ayer; resignate, para que tu prueba no sea infructuosa, pues llevas ya muchas existencias, y solo en dos has cumplido como bueno: en la presente, puedes elevarte á gran altura: muchas vicisitudes te esperan: sé fuerte Angel; sé fuerte y acuérdate que has venido á la Tierra otras veces, y que, si no cumples como bueno, volverás otras tantas para saldar cuantas cuentas dejes pendientes: esta es la ley natural: el que debe, paga; y el que paga, queda libre de su deuda.

»Aun resonaba en mis oidos esta última frase, cuando desperté recordando perfectamente el sueño.

»Aquel dia, lo pasé más resignado; pues habia visto lo que tanto deseaba, y confiaba ver otras cosas mejores. Soy ciego, me decia, porque debo serlo; y he vivido otras veces sin cumplir con mi deber: ¡Dios mio, será esto cierto! Y una voz lejana me decia: Sí.

»Llegó la noche siguiente y, ¡otra vez me hallé frente á aquella mujer tan bella!

»—¿Quién eres?..... la pregunté.

»—Tu espíritu protector: sigueme.

(Se continuará.)

CÁNDIDA SANZ.

¡BENDITA SEA LA SALUD!

¿Qué es el cuerpo del hombre sin salud? sin ese conjunto armónico que enlaza nuestras sensaciones y forma un todo perfecto relativamente hablando? Nada; el cuerpo es el instrumento precioso del espíritu, y faltando este, faltan los principales medios de trasmisión.

¡Y cuán poco apreciamos nuestro cuerpo! ¡con cuánta indiferencia miramos ese tesoro inapreciable que se llama salud! Sin esa condición no hay vida, no hay adelanto, no hay progreso, no hay nada más que la inacción forzosa.....

Los grandes hombres, los que trabajan sin descanso preguntando á la ciencia los secretos de Dios; ¡cuánto abusan de sus fuerzas físicas, y que mal hacen! Se suicidan inconscientemente; dan un gran paso para el mundo, pero quien sabe la responsabilidad que recae sobre ellos por haber agostado su existencia en aras de una idea! que nunca el fin justifica los medios!

¡Cuerpo humano! organismo del hombre! máquina delicadísima que no hay mecánico en el mundo que pueda componer las múltiples piezas de que se compone sin dejarla completamente defectuosa, ¡cuán necesaria eres para el desenvolvimiento de la verdad!

¡Salud! ¡tesoro inapreciable! armonía divina que haces funcionar al hombre para que progresen los pueblos! sin tí los esfuerzos se estrellan ante un fatalismo que asusta!

¡Es tan triste mirar á los enfermos! ver la paralización de la vida, el truncamiento doloroso de todas nuestras sensaciones! Ah! tierra, tierra!..... ¡hospital del universo! ¡cuán triste eres! aquí se albergan los enfermos del cuerpo y los tísicos del alma! aquí los espíritus solo vienen á llorar, á gemir abrumados por sus recuerdos, y á temblar pensando en su porvenir!

¿Cuándo, cuándo se saneará este pantano de la creación? ¿Cuándo los hombres libres de penalidades podrán seguir la senda del progreso sin angustia ó interrupciones? ¿llegará esa día? Sí llegará, porque la tierra está sujeta á la ley de la vida y todo progresa en los universos; pero la vida de los planetas se compone de millones de siglos; y por las condiciones de la tierra, se conoce que estamos aun en la infancia. Felices de nosotros el día que la tierra llegue á su mayor edad.

MAGDALENA.

PENSAMIENTOS.

La muerte y la vida están en manos de la lengua; así quien guarda su boca, guarda su alma.

Si alguno ama la vida y desea ver días felices, refrene su lengua del mal y sus labios no pronuncien mentiras.

El Señor tiene horror al mentiroso, y al testimonio falso que asegura la mentira.

La lengua falsa se atrae el ódio de todos, y el calumnioso la enemistad y la infamia.

Si veis un hombre sensato, id á buscarle tan luego como amenezca, y que vuestro pié pise á menudo el umbral de su morada.

No te acompañes con los malos ni te dejes llevar de sus caricias, porque el que toca la pez se ensuciará en ella; y el que tratare con soberbios, se hará soberbio.

El que se acompaña con sábios, será sábio; el amigo de los insensatos, se les asemejará.

El que ama al pecado aborrece á su alma.

Dichosos los que viven una vida pura y sin mancha y andan por el camino del Señor.